

Memorias del fuego



El Pozo de Vargas, en Tucumán, donde está trabajando el EAAF para identificar restos de desaparecidos.

Julio Pantoja

La identificación de los cuerpos de los desaparecidos

Historias recuperadas

Desde el “show del horror” de los primeros años de la democracia a la Iniciativa Latinoamericana. El trabajo paciente del Equipo Argentino de Antropología Forense. Las tensiones y paradojas que se generan ante la posibilidad del rito y el duelo.

El Equipo Argentino de Antropología Forense y la identificación de las víctimas del terrorismo de Estado

El lenguaje de los huesos

Lo público y lo privado, lo particular y lo colectivo se funden cuando un desaparecido o una desaparecida es enterrada. La posibilidad de devolverles el nombre a quienes eran buscados, para reponerlos en la trama social.

Por Marta Dillon

“El tiempo está descoyuntado como desarticulados los huesos en su urna diminuta. ¿Cabe un hombre en ese espacio? ¿Qué es lo que cabe ahí dentro? ¿qué se vela, por qué se llora, por quién lloran los que lloran? Hay una foto también que desafía la lógica lineal de los años que pasan: las tres hijas están juntas, el padre con ellas no tiene edad para ser su padre. Pero los años se han comprimido, al revés del dolor que se actualiza”.

Deberían estar en cursiva las líneas que anteceden, son notas tomadas de pie, en la puerta del velorio de quien llevaba muerto 32 años y sin embargo hasta ese 8 de agosto de 2009 no tenía una tumba con su nombre, ni se había abierto el espacio ritual del llanto compartido, la despedida de los restos, los abrazos que se condeñen, el silencio después.

¿Cuándo muere un desaparecido? ¿Cuándo se apaga la esperanza loca de su regreso? ¿Cómo dejar descansar en paz a quienes alientan desde su juventud permanente, desde las fotos de las banderas, desde los nombres que se dicen y se reclaman presentes, las luchas por la memoria, la verdad y la Justicia para el genocidio argentino?

Lo público y lo privado, lo particular y lo colectivo se funden como en una clase magistral cada vez que un des-

aparecido o que una desaparecida es enterrada, devuelta a la trama social que la había cobijado o también desguarnecido en vida. Este hombre, Juan Carlos Arroyo, para el caso de esas notas transcritas aquí, volvió 32 años después de muerto a su tierra natal, a dónde le había pedido una vez a los cielos, cuando la lucha y la clandestinidad lo mantenían alejado, “que me tiren como lluvia y floreceré en los cerros”. Y su familia lo lloró como si su cuerpo no hubiera perdido todavía toda encarnadura. Y alrededor de su familia, una movilización de personas humildes, de organizaciones sociales, de compañeros y compañeras de militancia, lo saludaron desde la memoria, dando cuenta también del paso del tiempo y de lo que en ese tiempo se construyó como si abrieran sin querer el arco posible para que la familia fuera y volviera desde un dolor añejo pero recién llegado a la alegría compartida de haber rescatado a uno del siniestro anonimato al que lo había condenado el plan sistemático del Terrorismo de Estado que también aplicó la política de exterminio contra los cuerpos muertos.

Esas tensiones y paradojas son las que trae la identificación de los restos de quienes estuvieron desaparecidos. Tensiones y paradojas que acompañaron desde siempre, desde antes de que fueran un equipo, a quienes integran el Equipo Argentino de Antropología Forense y que son los responsables de las inscripciones definitivas en el país de los muertos de quienes habitaron por décadas el territorio liminar de la desaparición. Se puede contar, por caso, una escena que aparece en el libro *Tumbas Anónimas*, de Mau-

ricio Cohen Salama: un joven completamente borracho en la puerta de un hotel de lujo canta “yanqui go home” antes de reunirse, justamente, con un científico norteamericano, Clyde Snow, que después de haber participado en una mesa convocada por Abuelas de Plaza de Mayo se disponía a reunir estudiantes de Arqueología Antropológica para que lo ayuden en la posible identificación de cuerpos de personas desaparecidas y a la vez transmitirles su experiencia. El joven, uno de esos estudiantes convocados, venía de una manifestación antiimperialista en la que la ginebra había pasado de mano en mano para contrarrestar el frío y de pronto se encontraba con la contradicción de que alguien llegado desde ese país emblemático iba a decirles cómo encontrar desaparecidos que no iban a aparecer con vida como reclamaba la consigna que habían inventado las Madres de Plaza de Mayo. Era el año 1984 cuando sucedió esa escena, el joven que se había emborrachado finalmente no pudo con sus contradicciones y no formó parte del grupo que empezaría a consolidarse entonces, cuando colaboraron en la exhumación de un cuerpo en el cementerio de Boulogne, en la provincia de Buenos Aires, donde se suponía que podían hallar a Rosa Rufina Betti, una maestra de corte y confección que había sido secuestrada en diciembre de 1976. Estaban en cambio Luis Fondebrider, Patricia Bernardi y Mercedes Doretti que todavía siguen siendo parte del EAAF y ya dejaron de soñar que su trabajo un día se terminaría, porque aun cuando se terminen las chances de abrir fosas para seguir buscando en suelo argentino —que a 40 años del golpe cívico militar todavía siguen devolviendo restos de los masacrados— serán llamados para realizar su tarea en otros territorios en conflicto, en América latina y en el mundo.

“En mi primera exhumación, allá por el año 84, una de las cosas que me dejaron dura fue el hallazgo de la ropa. Yo venía de la arqueología tradicional, donde hueso de guanaco y lobo marino, era generalmente el material arqueológico junto con utensilios de piedra y hueso. El género recubriendo los huesos de aquella fosa me sacudió. No sabía qué hacer. El pincel sobre el género se traba, dado que muchas veces sólo se trata de fibras e hilos generalmente sintéticos que es lo único que resiste el paso del tiempo. Tiene un valor, que va más allá del objeto, sino que la ropa representa a una generación, a un momento en el tiempo”, recuerda Patricia Bernardi de aquella experiencia fundacional que llevó todo el día y buena parte de la noche, que terminó con la tristeza de no haber hallado a quien buscaban si no a otra mujer más joven que tampoco tuvo nombre, que dejó para la madre de Rosa Rufino una madrugada sin consuelo y a los jóvenes estudiantes con la casi certeza de que no podrían seguir adelante con esa tarea, porque apenas la entendían, porque se estaban formando, porque las emociones eran muchas y se acumulaban. Y también porque faltaba tiempo para que se pudiera entender, si es que acaso se puede entender ahora, qué es lo que vuelve con los restos de una persona desaparecida. Y qué es lo que se va definitivamente.

“Me devolvieron una urna con un montón de huesos, con un cráneo, que yo le digo era eso porque abrí la urna y había un cráneo, con un mechón de cabello que yo recorté y guardé, eso es; tuve una hija sana, inteligente y hermosa y me devolvieron un montón de huesos”, declaró Angela Morales, mamá de Cristina Constanzo, una joven de 25, estudiante de Ciencias Económicas, en el Juicio a las Juntas. Cristina había sido la única identificada por Clyde Snow con la colaboración del odontólogo argentino Gastón Fontaine, entre un grupo de 20 restos que correspondían a otros tantos jóvenes asesinados por las balas del Terrorismo de Estado en Córdoba. La lógica desolación de Morales no podía saber todavía cuánta fortuna implica para tantos ahora el hallazgo de los restos, la evidencia material de la existencia de quienes se ama en ausencia, aunque haya otras, aunque estén las pocas fotos que sobrevivieron a los años del terror, los relatos y hasta la memoria, la materialidad del cuerpo, las marcas de la barbarie que tantas veces se imprimen en los huesos; todo eso que emerge de las fosas anónimas todavía se está elaborando.

Pero en 1984, al mismo tiempo que se abrían fosas comunes en distintos lugares del país, se removían con palas

mecánicas o con palas empuñadas por hombres acostumbrados a echar tierra y no a quitarla y desconocían el cuidado amoroso y paciente que implica desenterrar a un desaparecido, no estaba del todo claro, más que para algunas personas en particular, el interés por recuperar los restos. Y es que esa consigna radical, “aparición con vida”, no era sólo una declaración de principios si no una demanda concreta y tenía plena vigencia. De hecho, la Conadep —esa comisión de notables que elaboró el informe Nunca Más— perdió la oportunidad, según Clyde Snow, de pedir a quienes denunciaban la desaparición de personas queridas, duros pre mortem que podrían haber ayudado a identificar restos que de todos modos se exhumaban, de todos modos se fotografiaban y hasta salían en los medios como parte de un show macabro que lastimaba a los familiares. Las denuncias sobre entierros de personas N.N. en distintos cementerios, las palas mecánicas escupiendo tierra y huesos, mezclando los restos entre sí perdiéndose todavía más la posibilidad de individuación que ya había comenzado en los centros de detención clandestina y aun antes, cuando cualquier militante era un subversivo y la subversión un arquetipo; ese era el contexto en que empezó a fraguar la tarea del Equipo Argentino de Antropología Forense, a formarse el grupo al que irían sumándose otros, rostros entrañables para quienes buscamos a nuestros queridos como el de Carlos “Maco” Somigliana y otros que también dejaron su impronta como Alejandro Incháurregui. El tiempo en que estos jóvenes empezaron a avanzar en la edad adulta al mismo tiempo en que se acostumbraban a reconocer huesos y determinar su edad y hasta el sexo a ojo desnudo, a cuidarlos como tesoros que le arrebataban a la tierra pero en pocas ocasiones al anonimato porque la tecnología no alcanzaba, a sentirse que hacían algo más que marchar por Memoria, Verdad y Justicia como ya lo hacían, aunque también se encontraran con tremendas contradicciones.

“Para mí fue un impacto tremendo cuando me encontré con las Madres (de Plaza de Mayo) queriendo evitar una exhumación, siempre habíamos pensado que estábamos del lado de ‘los buenos’”, recuerda Bernardi de la primera vez que se topó con esa resistencia, en 1985. Y aunque persistió ese reparo por parte de un sector de las Madres, tal vez, décadas más tarde, mucho más cerca de estos contudentes 40 años que se están conmemorando ahora, ese individualismo que se le achacaba a la necesidad de recuperar los restos de las personas detenidas-desaparecidas por el Terrorismo de Estado, haya zanjado en el diálogo entre un Hijo y una de esas Madres:

—La diferencia —dijo él— es que vos pudiste abrazar a tus hijos. Para mí ésta podría ser la única manera de abrazar a mi padre.

“Cuando lo vi, la primera palabra que me vino a la mente fue ‘upa’”, contó Sofía Arroyo, una de las tres hijas de Juan Carlos Arroyo, después de contemplar la imponente figura del esqueleto de su padre, recuperado de la fosa común más grande del país, en el cementerio de Avellaneda, en la provincia de Buenos Aires. La menor de las tres, Marina, en ese mismo acto, enredó su cabello en las falanges sueltas y desnudas de su padre para recuperar la caricia que nunca había tenido. “Es el primer contacto físico que tengo con él”, dijo Clarita Bachini, que ni siquiera se encontró con un esqueleto completo sino con un cráneo y unos pocos huesos porque los restos de su padre, identificado en 2010, se habían mezclado con otros, con los restos de otros fusilados en el mismo paredón de una esquina de Ciudadela, cinco cuerpos desarticulados por las balas que corrieron la misma suerte de ser primero inhumados juntos como NN después de pasar más de veinte días en la morgue del Hospital Ramón Carrillo en el verano de 1977, exhumados en 1984, vueltos a inhumar juntos y mezclados en una bolsa de consorcio en 1986, recuperados por el EAAF en 2006 y finalmente identificados en 2010, aunque no todos sus huesos porque no de todos los huesos se puede extraer la muestra de ADN necesaria para ser comparada con la de los familiares que donaron su sangre.

Los restos de Juan Carlos Arroyo y de Federico Bachini habían esperado largo tiempo cuidadosamente protegidos en cajas de cartón o de plástico, en el laboratorio del

EAAF, junto a otros cientos de esqueletos recuperados pero no identificados hasta que llegó la posibilidad que abrió la Iniciativa Latinoamericana para la Identificación de personas Desaparecidas (ILID) en 2007, un convenio que firmaron los antropólogos con el Ministerio de Salud y la Secretaría de Derechos Humanos que permitió la comparación masiva de muestras óseas —de los restos— y de sangre —de familiares— cuando ya se habían agotado las instancias posibles para devolverle el nombre a quienes eran buscados, para reponerlos en la trama social, para fijar en el inconsciente de quienes los amaron el adiós necesario para seguir adelante con la propia vida. Si hasta ese año se había identificado y devuelto a sus familias los restos de 170 personas y se había localizado a otras 120, aunque sin restos para organizar el ritual del duelo porque estos habían pasado a osario común y sólo quedaban de testigos las huellas dactilares; la Iniciativa permitió la identificación de 420 personas asesinadas por el Terrorismo de Estado. Ya no fueron necesarios las historias clínicas odontológicas, las tómoras de quebraduras, los clavos quirúrgicos y otras pocas marcas que pueden quedar en los huesos y que permiten la identificación. Desde 2007 es el ADN, esa información básica, esa cadena química que en cada organismo empuja la vida, impulsa el desarrollo del cuerpo, que guarda una clave única para quienes somos aunque no diga exactamente quienes somos —porque para eso hace falta la trayectoria vital, la experiencia, la red de afectos y un largo etcétera— pero sí puede dar cuenta de una genealogía, es el ADN que dice “estos huesos fueron”. Y otras preguntas se abrieron, otros rituales se inauguraron, otros lenguajes tuvieron que ser inventados para nombrar esas ceremonias postergadas que por fin tuvieron lugar. Y también cambiaron las carátulas de los expedientes en curso, porque la evidencia de los cuerpos no es sólo el retorno del desaparecido, es también la prueba del modo sistemático de la eliminación.

“Encontraron a mamá”, me descubrió yo misma diciendo un día a mi hermano, desde un océano de distancia por una llamada de Skype. Y enseguida el horror y la sorpresa por lo que estaba diciendo, la habían encontrado, sí, o la habían identificado, mejor, en unos pocos huesos, los que se pudo recuperar porque los suyos se habían mezclado también con otros.

¿Un cuerpo son unos pocos huesos? ¿Hay un desaparecido que retorna cuando lo que queda de él son apenas astillas?

Desde el EAAF no alcanzan a responder estas preguntas pero sí saben que aun cuando el lenguaje no alcance para nombrar lo que emerge con cada identificación, hay algo del orden del consuelo que trae cada una de esas pruebas de ADN que dan positivo.

El año pasado, casi al final del año, cuando noviembre agobia de calor bajo el sol que campea sobre el enorme predio de La Perla, el Centro Clandestino de Detención más grande fuera de la provincia de Buenos Aires, cuatro familias tomaron la decisión de enterrar juntas lo que quedaba de Lila Rosa Gómez Granja, Luis Agustín Santillán, Ricardo Enrique Saibene y Alfredo Felipe Sinópoli. Lo hicieron ahí mismo, donde habían sido encontrados los restos, en una sala urna. Sobre ella, una escultura, cuatro columnas de metal que suben desde la tierra y se entrelazan, remedan las cadenas de ADN pero también podrían dar cuenta de historias entramadas que volvieron a contarse desde la certeza de que en esa tierra fueron masacrados, que las voces de los testigos que dieron cuenta durante tantos años de que en ese predio se hicieron cremaciones y enterramientos no eran fantasmas si no parte de la memoria compartida que hoy se pone en común ahí donde la palabra está jerarquizada: en los juicios de lesa humanidad.

“Hace treinta años que hablo en presente, que digo ‘mi hermana está desaparecida’. Ahora digo ‘a mi hermana la fusilaron’: la secuestraron, la desaparecieron y la fusilaron. Sé lo que pasó, no me gusta, pero tengo el verbo final”, dijo Ana Feldman en 2009 poco antes de organizar el homenaje para su hermana Laura, secuestrada en febrero y asesinada en marzo de 1978, en un enfrentamiento fraguado en la esquina de Virgilio y Urunday, en Lomas de Zamora. Es que con un cuerpo que emerge del anonimato

forzado, de la aplicación de la administración genocida de la muerte, emerge también la información, se desnuda la trama de un Estado que no sólo mataba a través de los grupos de tareas si no que cubría después sus rastros con su propia maquinaria burocrática: para quienes fueron enterrados en cementerios como NN hubo partidas de defunción, autorizaciones desde el registro civil correspondiente para la inhumación, anotaciones en los libros diarios, una coordenada perfecta para el trozo de tierra donde se suponía que sería olvidado. Y lo paradójico es que fue, es, esa misma maquinaria la que hizo sonar sus goznes, la que advirtió dónde estaban los cuerpos aunque no todos pudieron ser recuperados. La identificación de Cristina Constanzo, por caso, pudo ser realizada en los primeros años de democracia por la denuncia de dos trabajadores de la morgue de la ciudad de Córdoba, hartos de convivir con hasta 90 cuerpos de personas jóvenes acribilladas en un lugar que tenía espacio para hasta 6 cadáveres y que fueron despedidos luego de que se dirigieran, en plena dictadura, a Jorge Rafael Videla para explicarle su situación y solicitarle un aumento de sueldo.

Además del tiempo pasado para referirse a su hermana, Ana Feldman se encontró con una certeza: la identificación de los restos de su hermana, con todas las contradicciones que le pudo producir la frase, fue “una de las cosas

“En mi primera exhumación, allá por el año 84, una de las cosas que me dejaron dura fue el hallazgo de la ropa.”



Los restos de Sabino Rosales fueron entregados a sus familiares en Mendoza en 2011.



más maravillosas que me pasó en la vida”. Y es que aunque se hayan acelerado las identificaciones, 592 personas identificadas y enterradas definitivamente por sus familias son tan pocas si se las comparan con las miles que faltan. Pero en cada entierro, particular o militante, con homenaje o en silencio, hay algo de esos y esas desaparecidas que vuelven que vuelve para todos y para todas. Como cada 24 de marzo que se marcha se marcha por una y por todos, año tras años, cada vez somos más en la Plaza, tantos que cuesta creer que hayan pasado 40 desde la madrugada de 1976 en que cambió la historia. Porque la historia sigue viva, porque ahora mismo hay una fosa abierta en el Pozo de Vargas, en Tucumán, donde el EAAF sigue trabajando, porque en este mismo año se recuperaron dos cuerpos que todavía esperan su identidad de un cementerio en la provincia de Corrientes.

Hay algo que sí siguen los Antropólogos, como se le llama a ese grupo que sigue trabajando desde hace más de treinta años, manipulando los huesos como si fueran tesoros, esperando que todos los que todavía acumulan en sus oficinas del barrio de Once encuentren su nombre a medida que más familias dejen sus muestras de sangre para completar la identificación. Y es que el plan deshumanizador que se aplicó también sobre los cuerpos muertos al quitarle los nombres y los ritos ha fallado. Que cada restitución de esos restos abre un diálogo y que en esos diálogos la memoria sigue fortaleciéndonos a todos, entramándose, resistiendo, uniendo a las generaciones en relatos que dan cuenta de quienes no queremos ser, nunca más.

“Hace treinta años que hablo en presente, que digo ‘mi hermana está desaparecida’. Ahora digo ‘a mi hermana la fusilaron’.”



Guadalupe Lombardo

Por Horacio González *

La marcha se hace con un sinfín de pensamientos. Algunos diminutos y otros de alcances mayores. Comienza tímidamente, con el anuncio de la cita, hora y lugar, siempre en algún punto de la Avenida de Mayo o las Diagonales. A veces se podría pensar hasta qué punto fue favorecida la Marcha con esta disposición de los urbanistas modernizadores de los años 30. Para ellos, era racionalizar la ciudad, pero para la Marcha es la posibilidad de desglosarse en tres afluentes, como un misterioso río mesopotámico. Es presentar tres opciones de desemboque en la Plaza, el centro y las laterales norte y sur. Menos que un Delta pero más que un único Corredor. No son divisiones políticas, pero están antes de ellas, no las fundan ni las explican, pero importan. Importan porque la Marcha tiene el encargo de pensar la memoria y repensar la Ciudad.

La Marcha piensa así con su involuntaria topografía. Y la ciudad las pone en movimiento a través de cuerpos, pancartas y tambores que desaguan como un trípode en la plaza. Así, la Marcha hace marchar también a las geometrías urbanas. Luego, hace Marchar a los grandes carteles. Pareciera que caminan solos, que ellos llevan a las asistentes, pero es al revés. Si son muy grandes, unos tajos en la tela dejan pasar el viento por sus aberturas. Sin embargo parecen siempre arrastrar a sus portadores. Es como ir tras una idea o dejarse empujar por una historia. Remotamente, la murga, que a veces parece artificiosa los días de Carnaval, es el basamento sonoro impensado de la Marcha, el que le conviene espontáneamente. La murga es inmemorial, medieval, con la gravedad profunda del arlequín. Sabe lo que es un aniversario. “El año que vuelve hacia nosotros”. Ese año que sobresale por encima de cualquier otro. Ese mes y año –marzo de 1976–, en que se quiso engarzar el país sobre otras bases, asociando Estado a Terror. Esta idea está en los trasfondos de los actos más oscuros de la humanidad. La Marcha camina lentamente, hay apretujamientos, prevalencias y empujones. En su pensamiento pausado, la Marcha piensa que es parte de la humanidad creadora, que rechaza las formas más sombrías de esa misma humanidad. La Marcha va desembocando a la Plaza con el pensamiento de que en ella se rehace la forma cabal de lo humano.

¡Viene Obama a la Marcha! ¡No se olvide los palos de golf, señor Presidente! Es lindo jugar al golf en Bariloche vigilado por los protocolos correspondientes, no tiene más que cinco minutos para golpear la pelotita para dispersarla. Parecería que fue atraído por la Marcha, por el pensamiento de la Marcha. Pero no. Obama no viene a la Marcha, viene a ponerse encima de la Marcha. Trae

cautelares, archivos y agua mineral especialmente fiscalizada. Viene a descaminar y congelar la marcha, no a impedir la. Los archivos. Muy bien si los abre. Pero la Marcha en sí misma ya es un Archivo, es un Archivo peregrinante y viviente recorriendo el cauce que le brindan los edificios parejos de las avenidas. Recorramos las fotos en blanco y negro que van desfilando mudas, sostenidas por la Marcha que ha distribuido las manos en varios sectores: las que sostienen esas fotos, las que percusionan timbales, las que aplauden o reparten proclamas. En general son fotos de jóvenes tomados en escenas familiares o en imágenes para un carnet. Saco y corbata, quizás la mayoría. ¿Son “setentistas”? Se equivocan sus Palos de Golf, presidente Obama, cuando dicen “setentistas”, como dijeron con desprecio. Eso no significa que esos rostros se repiten eternamente hasta el olvido, sino que pueden regresar cada vez de manera diferente. “Aniversario.” Y significa que la Marcha sabe que cada año en que ella mar-

chante al nuevo Imperio de los Signos del Capital. Los otros proclaman no ver diferencias en las variantes tan matizadas que hay en cualquier historia. Pero en el fondo, para los grandes asuntos de la humanidad, es una sola Marcha. ¿Es esto ser “antinorteamericano”? ¿Qué trabajo oponerse a todo que lo que significa la nación norteamericana! La Marcha lo supo desde siempre y no se confunde entre las clases jurídico-empresariales-militares-político-mediáticas-financieras que gobiernan ese país y su cultura social. No solamente compleja. Complejísima. Podríamos poner muchos más guiones. Solo pensar en escritos y actos de la crítica de todos los colores, que contiene la historia norteamericana al Estado Industrial o a los Gobiernos, que van desde W. H. Thoreau al “Unabomber”.

Por eso, la Marcha también es un archivo sobre la cultura norteamericana, a su asombrosa variedad, y sobre lo que la marcha se permite seguir llamando Imperialismo. La marcha sabe que ella es también un archivo de los actos del Imperio. A veces un archivo solo de memorias, sin signos de escritura. Sabe la marcha lo que es, pero el que está dentro de ese archivo –por ejemplo, Obama, que alguna vez dirigió una revista de leyes en su país–, no percibe lo que es. Y considera “antinorteamericana” cualquier forma válida de pensar esta situación, más allá de la condescendencia de devolver archivos, por otra parte una larga demanda anterior de los organismos argentinos de derechos humanos. No se olviden de ningún papel, señores, muchos serán triviales, otros muy conocidos, tantos otros los reveló Assange. Pero traigan lo específicamente relevante, si no quieren que la devolución de archivos sea un acto publicita-

rio intrascendente que oscurezca aún más la misma existencia de un mundo de archivos desconocidos que dirigen la vida de pueblos enteros. La Marcha, señor Obama (y mister Macri) considera a su estilo de gobierno como un intento de desnitrir la historia dejándole el pellejo vacío. El antiguo represor quería arrasar con todo. La Marcha piensa que usted vio en Macri una solución para el problema de la historia, del hecho simple y conocido de que “hay historia”. La solución era nombrar algunas palabras que son una clave a ser pensada, darlas vuelta, ponerlas al revés, racionalizar todo, desollar todo, desplumar la memoria dejándola en estado de museo o de legajo. ¿Entonces no es importante que se haya hablado de Archivos? Claro que sí. Pero la Marcha piensa, porque piensa que está en peligro, por eso va a ser mayor que nunca. No quieren suprimirla, quieren desvanecerla y ahuecarla, tomándole sus motivos y hacerlos exteriores a ella misma. Por eso marcha la Marcha. Para seguir marchando desde adentro de su propio sentimiento de emancipación social.

* Sociólogo.

La Marcha como acontecimiento colectivo

cha –y ella camina pensando– es otra. Ahora, con esa fotitos de tres cuartos perfil izquierdo de los muchachos y muchachas desaparecidos, la Marcha piensa, a partir de ellos, que nos están permitidos toda clase de agregados y reinterpretaciones. Porque ellos son las imágenes de los “desterrados universales”, como decía un gran escritor del país de Obama, Nathaniel Hawthorne.

Solo que los desterrados vuelven, con sus nuevas significaciones y se disponen a pensar las formas nuevas de hacerle frente a los nuevos temas (las astucias renovadas del capitalismo material e inmaterial) y a los temas propios que los Palos de Golf vienen a incautar, a decomisar. Crean tener su propio alicate para abrir a su merced la historia nacional.

La Marcha se desdobra, no es una, son dos o más. Pero en su última razón, es una única marcha a pesar de que haya los de adelante y los de atrás, los de un horario y otro horario, los que piensan que todo estuvo mal desde siempre, los que balbucean que sostienen un proyecto y los que notifican sobre un programa máximo. Unos ven poros, ángulos diversos y construcción de mayorías lúcidas resis-